

de manera específica y es considerado imprescindible por el autor para comprender la conducta humana.

En este sentido, es ya una tarea ineludible de las ciencias sociales recurrir a los avances de disciplinas como la psicología evolucionaria para poder mejorar la capacidad explicativa de sus teorías. En gran medida, las explicaciones económicas, sociológicas y antropológicas de la conducta humana se basan en supuestos sobre la psicología de los individuos. Estos supuestos muchas veces están implícitos en la teoría que enmarca las explicaciones, y era poco frecuente, hasta hace algunos años, que los investigadores sociales repararan en ellos y los sometieran a prueba. Los avances realizados en el emergente campo de la psicología evolucionaria han cuestionado contundentemente dos de los modelos de funcionamiento de la mente humana más explícita o implícitamente utilizados: el de la *tabula rasa* cognitiva, por el que la acción humana solo se explicaría mediante los estímulos, y el de la mente como una máquina de cálculos optimizadores, que daría lugar a conductas racionales (en el sentido de la teoría de la racionalidad clásica) o irracionales (toda acción que no sea maximizadora de beneficios).

Lógicamente, el cuerpo teórico desarrollado por la psicología evolucionaria, como disciplina emergente, dista de ser homogéneo y completamente sólido. En el caso del enfoque heurístico sobre la toma de decisiones de Gigerenzer existen ciertos aspectos que merecen ser profundizados, como cuáles son los mecanismos de selección de la heurística adecuada, cómo se selecciona y estructura la información del ambiente cuando utilizamos las heurísticas, y cómo se explican los fallos en la elección de una regla general, entre otros. Sin embargo, estos desafíos comunes a toda búsqueda de conocimiento sobre determinada realidad, no afectan los importantes avances sobre los fundamentos psicológicos de la acción humana realizados hasta el momento, ni su relevancia para la teoría social. Adoptar un patrón psicológicamente más realista de la mente humana como base de las teorías para la explicación de la conducta, como el que nos ofrece el enfoque heurístico de Gigerenzer en *Decisiones instintivas*, es un paso del que no puede prescindirse para hacer buena ciencia social.

Camila VOLLENWEIDER

La sociedad imaginada. Movimientos sociales y cambio cultural en España

Benjamín Tejerina Montaña

(Madrid, Trotta, 2010)

El autor de esta publicación, Benjamín Tejerina, es catedrático de Sociología en la Universidad del País Vasco y cuenta con una larga trayectoria intelectual, en la que destacan más de veinte años dedicados a la investigación sociológica de la juventud, de la política, de los procesos de construcción de la identidad colectiva y de los movimientos sociales, con especial énfasis en la realidad social española.

Aclara Benjamín Tejerina en las primeras páginas de su obra que el lugar en el cual se sitúa esta investigación «es el de las relaciones entre movimientos sociales y cambio social, bajo la hipótesis de que son, primeramente, las estructuras de interacción que establecen

los activistas de los movimientos las que construyen la movilización, y dan lugar a procesos de transformación de la realidad social que englobamos bajo la categoría de cambio social» (p. 17). En este breve enunciado se ofrecen los conceptos principales y el enfoque de investigación que orientarán el trabajo.

Una primera derivación del enunciado anterior es que los movimientos sociales han de considerarse como una variable explicativa del cambio social. Y este último como variable objeto de estudio. Por ello, al autor le interesa especialmente «explorar las condiciones en las que los activistas establecen estructuras de interacción en contextos de recursos limitados y de oportunidades cambiantes que influyen en el alcance de los procesos de transformación que intentan producir» (pp. 16-17). Activistas, estructuras de interacción y procesos de transformación serán, pues, términos fundamentales en la sugerente conceptualización teórica que elabora Tejerina a lo largo de su trabajo, muy especialmente en los capítulos primero y segundo de *La sociedad imaginada*.

Respecto a las estructuras se recuerda, muy acertadamente, la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (1995). Esta teoría muestra que las estructuras son a la vez habilitadoras y constrictivas de la acción debido a la relación inherente entre la estructura y el obrar. Las sociedades humanas no podrían existir sin un obrar humano; y los actores sociales no crean los sistemas sociales, sino que los reproducen o transforman, recrean lo ya creado, en la continuidad de una praxis. Ello supone que las estructuras se crean y se fundan en la misma libertad de la acción humana (p. 58). Considerar la libertad del obrar humano, y su inherente pluralidad, implica dos importantes consecuencias en la investigación socio-política. Por un lado, permite el estudio y comprensión del cambio social, contribuyendo a que «la sociología, más que ciencia de los determinismos de la conducta, [pueda] ser también un conocimiento de nuestro (exiguo) albedrío» (Giner, 2001: 105). Por otro, otorga sentido a la política, como ya reconociera Hannah Arendt en sus excelentes reflexiones sobre la tradición política occidental (Arendt, 2008), pues la suposición «del determinismo absoluto nos obligaría a eliminar toda dimensión moral de la vida social. Se desvanecería todo sentido de la responsabilidad» (Giner, 2001: 105). Precisamente las diversas expresiones de los movimientos sociales han de considerarse como manifestaciones plurales del cambio social y de la acción política en las cada vez más complejas democracias liberales. De este modo, Benjamín Tejerina nos propone un campo interesante de análisis, como es el que estudia las condiciones de la libertad, las estructuras sociales que favorecen el ejercicio del albedrío y la puesta en vigor de la responsabilidad (Giner, 2001) en una joven democracia como la española.

Por consiguiente es importante decir, como muy bien hace el autor de *La sociedad imaginada*, que «[l]os movimientos sociales resultan tanto de acciones intencionales como de consecuencias no buscadas» (p.19). Esto es, un movimiento social no es simplemente una «cosa» que pueda hallarse en la realidad social; ni tampoco se comporta como un actor social o sujeto colectivo. Un movimiento social es un fenómeno más complejo en tanto que es resultado de una multiplicidad de interacciones en ciertos contextos socio-históricos. Ello conlleva que no puede comprenderse y/o explicarse en función, exclusivamente, de enfoques estructuralistas; pero tampoco considerando, únicamente, las explicaciones y discursos que construyen los agentes sociales implicados. Por ello, el autor apela en las primeras páginas de su estudio a «contribuir a una cierta integración, mayor que la actual en todo caso, entre diferentes enfoques teóricos [de los movimientos sociales]» (p.17). Esta apuesta supone implicaciones tanto teóricas como metodológicas en el estudio de los movimientos sociales, como más adelante se podrá comprobar.

En la introducción y primer capítulo de *La sociedad imaginada* se elabora un breve repaso de los principales enfoques teóricos desarrollados para estudiar los movimientos sociales, los cuales disponen de una corta historia en su estudio científico, pues fue solo desde finales de la década de 1960, coincidiendo con el momento de efervescencia colectiva de las revueltas juveniles de mayo-junio de 1968 en Francia, cuando se configuró una amplia comunidad de investigadores en esta línea.

Los variados enfoques teóricos sobre movimientos sociales se pueden sintetizar en tres campos. Por un lado, las teorías estructuralistas que analizan los movimientos sociales como una crítica de la sociedad moderna y de los límites de la política institucional. En esa dirección, se ha elaborado la teoría de W. Kornhauser y su caracterización de los aspectos políticos de la sociedad de masas; la teoría del comportamiento colectivo de N. Smelser concentrada en el concepto de «tensión estructural»; el enfoque del contexto político y su concepto central de «estructura de oportunidad política» de H. Kriese; y el enfoque de los nuevos movimientos sociales como crítica a los efectos perversos de la modernización de C. Offe. Por otro lado, están los enfoques centrados en el análisis de las motivaciones individuales y los procesos psicológicos culturales en los que están inmersos los movimientos sociales. Así tenemos la teoría de la movilización de recursos, desde el enfoque de la elección racional, que centra su atención en la acción de actores sociales implicados en cursos de acción estratégicos, considerando recursos e incentivos para la acción colectiva. Las aportaciones de R. Inglehart, desde una perspectiva cultural, ponen el acento en la influencia del cambio de valores en la acción colectiva de ciertos grupos sociales de las sociedades postindustriales de los años 1960 y 1970. En esta época se producen cambios muy importantes en las bases sociales de la política, ya que aparecen los valores postmaterialistas entre los ciudadanos más jóvenes y mejor formados, debido a la prosperidad económica alcanzada por las sociedades occidentales después de las trágicas experiencias de las guerras mundiales del siglo xx. Todo ello ha llevado a la aparición de una «nueva cultura política» que supone un contexto innovador para la práctica de la política y acción colectiva, así como para el desarrollo de nuevas identidades colectivas. Por último, los enfoques constructivistas, entre cuyos representantes se encuentran A. Melucci y E. Laraña, analizan la identidad colectiva como un proceso de construcción social desarrollado por parte de los activistas y grupos que conforman un movimiento social. Así, las estructuras de oportunidades políticas no son realidades objetivas, sino interpretaciones elaboradas por los actores a partir de una identidad colectiva.

En contraste con los múltiples intentos por brindar definiciones esencialistas de los movimientos sociales, Benjamín Tejerina nos recuerda que no se puede ofrecer una definición de este tipo, debido al alto grado de variabilidad histórica de sus formas y a la diversidad de reivindicaciones, motivaciones y objetivos que puede adoptar el fenómeno estudiado. Sin embargo, sí es consciente de la importancia de describir las dimensiones analíticas que pueden caracterizar un movimiento social. Tales dimensiones son al menos las siguientes, a saber: «a) redes de relaciones informales; b) creencias compartidas y solidaridad; c) acción colectiva de carácter conflictivo; y d) recurso a la protesta» (p. 19). Así, Tejerina, adoptando una definición constructivista, expone que un movimiento social es un concepto con el cual se intenta «aprehender el resultado de una acción social (o desafío colectivo) llevada a cabo mediante un conjunto de intereses formales e informales que se establecen entre una pluralidad de individuos, colectivos y grupos organizados que comparten entre sí, en mayor o menor grado, un sentimiento de pertenencia o identidad colectiva, y las estructuras de interacción que establece con otros agentes sociales o políticos con los que entra en conflicto por la apropiación (de), participación (en) o transformación de las relaciones de poder o las

metas sociales por alcanzar, y, todo ello, mediante la movilización de determinados sectores de la sociedad» (pp. 19-20 y 181).

Reflexionando sobre este concepto, Tejerina intenta desarrollar un enfoque de investigación propio para el estudio de los movimientos sociales que centra su atención en el análisis de los activistas. De hecho, los activistas, en contextos de libertad política, son los que preparan acciones y movilizaciones en estructuras cara a cara, negocian la línea estratégica en el seno de una organización, coordinan sus acciones con otras organizaciones, en escasas ocasiones negocian una solución razonable con las autoridades, atraen a los medios de comunicación a una rueda de prensa e intentan conseguir diversos apoyos en amigos, familiares y vecinos en una campaña pública de concienciación (pp. 20-21).

Por tanto, si los activistas están presentes en cada una de las estructuras de interacción referidas, se debe estudiar detalladamente cómo se produce esa interrelación entre los diversos procesos de transformación a los que dan lugar y la forma en que llegan a sincronizarse de modo más o menos concreto para originar cambios en la realidad social (p. 21). Así, en el estudio de los movimientos sociales se ha de poner especial atención en los mecanismos sociales de producción y reproducción de la acción colectiva.

En consonancia con las anteriores premisas, el objeto de investigación de *La sociedad imaginada* son los procesos de cambio que llevan a cabo los movimientos sociales y los mecanismos sociales mediante los que intenta producirlos, ya que los movimientos sociales son agentes de cambio social y se han de considerar como variable explicativa de los cambios sociales. En otras palabras, es muy complicado dar debida cuenta del cambio social y cultural en un contexto socio-histórico hacia la modernidad si no se considera el proceso de construcción social y desarrollo de los movimientos sociales. Así pues, para entender los importantes cambios sociales y culturales en la España de las últimas décadas (1960-2009), es preciso analizar la acción colectiva desplegada por diversos movimientos sociales, tales como el feminismo, el etnolingüismo, el ecologismo, el pacifismo y el antimilitarismo. Dichos movimientos son minuciosamente estudiados por Tejerina, ya que pusieron en marcha procesos de acción colectiva que fueron decisivos en la configuración de la sociedad, la cultura y la política españolas de los últimos tiempos.

De acuerdo con la definición (y construcción) de su objeto de estudio, Tejerina desarrolla una aproximación metodológica apropiada para acceder al conocimiento de los activistas, las estructuras de interacción y los procesos de transformación que conllevan los movimientos sociales. Así, el investigador ha realizado entrevistas en profundidad y reuniones de grupo con activistas de varios movimientos sociales, en virtud de las cuales se produce una valiosa información cualitativa que documenta su trabajo y enriquece las reflexiones teóricas. De tal modo, elaboró un trabajo etnográfico durante unos ocho años para estudiar los discursos y prácticas de los activistas de los citados movimientos sociales. El trabajo de campo tuvo lugar en las Comunidades Autónomas de Madrid, Comunidad Valenciana, Cataluña y País Vasco. Según reconoce el autor, en su estudio utiliza el material de 78 entrevistas individuales y de 16 reuniones de grupo.

A partir de esta base, desde el capítulo segundo hasta el noveno se aprecia cómo el material empírico, debidamente seleccionado, es magistralmente entreverado con acertadas reflexiones analíticas y teóricas sobre los movimientos sociales analizados. *La sociedad imaginada*, por tanto, muestra el carácter etnográfico que ha de poseer toda investigación social, así como la diversidad de lenguajes presente en la misma; lenguajes de los activistas, lenguajes de los *activistas* expertos y lenguajes de los investigadores (Giddens, 1995). Lenguaje

jes que aportan diversos puntos de vista sobre el fenómeno estudiado y que en muchas ocasiones aparecen mezclados en la medida que se constata una progresiva profesionalización de los activistas de los movimientos estudiados. Al integrar esta diversidad de lenguajes el autor aplica en su estudio la perspectiva sociológica sin olvidar su componente humanístico. Perspectiva que consiste en «tomar conciencia de esta diversidad de puntos de vista; saber constantemente dónde está situado uno mismo; hacer un esfuerzo para sobrepasar una visión tan parcial y limitada, y tratar de entender los demás puntos de vista posibles» (Estruch, 2003: 25).

Además, el contexto de la sociedad española de las últimas décadas es muy importante considerarlo en un estudio como el de *La sociedad imaginada*, y así lo advierte su autor. En ese sentido, existen al menos cuatro hechos dignos de mención. En primer lugar, después de la muerte de Franco (1975) la sociedad española emprendió una transición política de una dictadura a una democracia, a través de un «proceso de reforma-ruptura pactada», que condicionó la naturaleza y evolución de los actores e instituciones políticas democráticas (Linz, 2001). Dicho proceso no estuvo exento de dificultades y riesgos; y la particularidad de las nuevas instituciones democráticas españolas presenta un contexto de especial relevancia para observar las relaciones entre la esfera política y la movilización social. En segundo lugar, no se ha de olvidar que el proceso de construcción de nuevas instituciones políticas se inició en un período de gran efervescencia colectiva, durante el que la movilización adquiere un notable protagonismo, a la que sigue una etapa de consolidación que genera satisfacciones y desencantos, para terminar en un doble proceso de privatización de la vida y de despolitización, en el que la política se convierte en una cuestión de elección o preferencia personal. Un tercer elemento de la política española viene dado por las tensiones territoriales de la compleja organización del Estado de las Autonomías. De modo que las diferencias territoriales son importantes para entender la dinámica de los movimientos sociales en España, ya que en algunos casos han sido un elemento movilizador en sí mismo y, en otros casos, han funcionado como apoyo o limitación para otro tipo de demandas. Un último elemento que condiciona el período democrático es el terrorismo y su intento de imponer a la sociedad una configuración política determinada mediante el uso de la violencia. Así, el terrorismo ha condicionado la particular evolución de la tensión izquierda-derecha y la tensión centro-periferia en España, muy particularmente en el País Vasco desde finales de 1960 (pp. 23-25).

Sin ánimo de exhaustividad, ya que la extensión de esta reseña no lo permite, considero relevante destacar algunos datos y reflexiones que ofrece el autor a lo largo de su monografía y que permiten visibilizar su particular enfoque de investigación sobre el fenómeno analizado.

En cuanto a los activistas de los movimientos sociales en España se observa un sesgo social en la participación. De tal modo los activistas disponen de un nivel medio-alto de educación formal; predominan los profesionales y empleados en el sector servicios con una presencia importante de los trabajadores de la administración y de la enseñanza; los más jóvenes constituyen su base social; y la presencia de organizaciones de los diferentes movimientos sociales se circunscribe a los núcleos urbanos de mayor tamaño (pp. 68-69).

En lo relativo a las motivaciones desencadenantes de la participación, la más generalizada es el deseo de cambiar la realidad social, si bien siempre está presente el interés personal ya que existen injusticias que afectan a los activistas. Las estructuras internas de los grupos también pueden condicionar el grado de participación de los militantes, pues «las estructuras de interacción se convierten en canales de comunicación entre individuos

que tienen un determinado interés y necesitan una información que es controlada por un colectivo» (p. 79).

En lo que se refiere al contexto español aparecen cuatro condiciones previas o de socialización política que pueden favorecer la participación de los activistas, como son la familia, la Iglesia, el paso por otras organizaciones o movimientos, y el contexto social de movilización política.

El tipo de acciones más frecuente en los movimientos sociales españoles ha sido la expresión pública de sus demandas en la calle o *acciones de denuncia*, así como *acciones de presión* directa sobre los agentes políticos. El repertorio de participaciones se completa con *acciones constructivas o pedagógicas*, como la impartición de conferencias, publicación de revistas, periódicos o vídeos, y las *acciones lúdicas y artísticas*. El autor también se detiene en el análisis del proceso de movilización, atendiendo a su lógica interna, las campañas de movilización y la construcción estratégica de la movilización (pp. 98 y ss.).

A lo largo del capítulo cuarto son apropiadas las reflexiones del autor sobre la identidad colectiva, entendida ésta como un «proceso de constante creación y reproducción» (p. 110). Así, la identidad colectiva de los movimientos sociales no es un punto de partida, sino más bien un punto de llegada, siempre en reconstrucción o cambio y dependiente de prácticas sociales y valores compartidos que requieren un trabajo en común. Por ello, se dedican varios capítulos a estudiar los «procesos de transformación simbólica y conflicto social» (capítulo 5), así como los «procesos de transformación y construcción de los movimientos sociales» (capítulos 7 y 9). En estos capítulos se trata de analizar cómo se construyen los movimientos sociales desde dentro y en relación con otras organizaciones, así como su influencia en los procesos de cambio social. Igualmente, son muy importantes las reflexiones sobre «las estructuras organizativas de los movimientos sociales» (capítulo 6) y «las estructuras de poder: dominación, legitimación y movimientos sociales» (capítulo 8). En el capítulo 8 es de gran interés las relaciones establecidas entre los partidos políticos, el mundo del nacionalismo vasco y la subcultura política de la izquierda abertzale para caracterizar a los movimientos sociales en el País Vasco.

La sociedad imaginada viene a confirmar que «los trabajos españoles sobre acción colectiva y movimientos sociales no van a la zaga, ni teórica ni metodológica ni empíricamente, de los que se hacen en otros lugares» (Adell *et al.*, 2007: 481), como muestra la bibliografía nacional e internacional que ha trabajado Tejerina (pp. 285-314), así como las múltiples investigaciones científicas sobre la temática elaboradas en España durante las últimas tres décadas.

Por último es conveniente comentar algunas ideas que pueden contribuir al enriquecimiento y desarrollo futuro de *La sociedad imaginada*. Si bien Tejerina ha realizado veinte «entrevistas a miembros de organizaciones pertenecientes al movimiento por una justicia global», solo las ha «utilizado de manera muy selectiva» (p. 23). Sin embargo, pienso que sería provechoso integrar el material de dichas entrevistas en su estudio. Algunos expertos han analizado detalladamente el «movimiento de movimientos» (Pastor, 2007; Fernández Buey, 2007), en cuanto intenta integrar los desafíos, tensiones estructurales e injusticias que han reclamado separadamente el feminismo, el ecologismo, el pacifismo, el antimilitarismo e incluso algunos movimientos étnicos y nacionalistas. Sin duda, el «movimiento de movimientos» no solo denuncia las injusticias que acarrea la globalización, sino que propone una acción estructurada globalmente más allá del estrecho marco del Estado nacional, sin olvidar las particularidades locales, planteando desafíos radicales a las supuestamente avanzadas

sociedades capitalistas, así como a las estructuras organizativas de movimientos sociales surgidos a finales de los años sesenta del siglo pasado. En la medida que el llamado movimiento «alter-globalización» sepa afrontar dichos desafíos podrá hacerse visible en un mundo cada vez más complejo, que requerirá de la acción concertada entre los numerosos movimientos sociales circunscritos a los ámbitos nacionales. Pienso que un capítulo sobre este tema, quizá en una cercana segunda edición del libro comentado, sería muy adecuado para abrir debates académicos e intelectuales de sumo interés en los tiempos presentes, que notoriamente están marcados por un cambio de ciclo que lleva a un mundo nuevo.

Si observamos con suficiente atención y sensibilidad la oleada de cambio sociopolítico que se está produciendo en diversos países árabes, así como las movilizaciones de los jóvenes en las sociedades occidentales a raíz del deterioro de las condiciones socio-laborales y el creciente desempleo derivado de la crisis económica, se vislumbra la dimensión global del referido cambio de ciclo y que se vive un momento de agitación colectiva, aunque no siempre se ofrezca suficiente información por las agendas mediáticas nacionales. Lo más llamativo en este nuevo escenario es que cada vez es más difícil caracterizar a los movimientos sociales en el marco estatal-nacional, ya que por una parte, sus objetivos pretenden cuestionar instituciones de control de la economía mundial más allá de las unidades nacionales; y por otra parte, porque el territorio de expresión del conflicto está más definido por las ciudades globales como condensaciones del espacio global que por el territorio estatal o local (Sassen, 2007). Así, a pesar de la fragmentación de los movimientos sociales en el ámbito nacional, los problemas locales de dicho ámbito y los problemas globales aparecen interrelacionados, de tal forma que los entornos locales operan, a menudo, como una especie de microcosmos en el que se manifiestan muchas de las contradicciones y fracturas que desgarran al mundo presente. Por ello, se produce un proceso de «globalización de las resistencias locales» (Alonso e Ibáñez, 2008: 715-720), que se corrobora en la acción desplegada en los Foros Sociales Mundiales, Foros Sociales Europeos, y por movimientos como ATTAC (Asociación por una Tasación sobre las Transacciones Financieras para Ayuda a los Ciudadanos), así como en la reciente movilización internacional de diversos grupos de ciudadanos insatisfechos con los sistemas políticos.

José Francisco JIMÉNEZ DÍAZ

BIBLIOGRAFÍA

- Adell, Ramón *et al.* (2007): «Acción colectiva y movimientos sociales en la sociología española», en M. Pérez Yruela (comp.), *La sociología en España*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Alonso, Luis E. y Rafael Ibáñez, (2008): «Los nuevos movimientos sociales», en S. del Campo y J. F. Tezanos (eds.), *La Sociedad (España Siglo XXI, Volumen 1)*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Arendt, Hannah (2008): *La promesa de la política*, Barcelona: Paidós.
- Estruch, Joan (2003): «La perspectiva sociológica», en S. Cardús i Ros (coord.), *La mirada del sociólogo*, Barcelona: Editorial UOC.
- Fernández Buey, Francisco (2007): «Sobre el movimiento de movimientos», *Revista de Estudios de Juventud*, 76: 21-36.
- Giddens, Anthony (1995): *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires: Amorrortu.

- Giner, Salvador (2001): «Algunas notas sobre mi trabajo sociológico», *Revista Española de Sociología*, 1: 99-118.
- Linz, Juan J. (2001): «El liderazgo innovador en la transición a la democracia y en una nueva democracia», en M. Alcántara y A. Martínez (eds.), *Política y Gobierno en España*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Pastor, Jaime (2007): «El movimiento “Antiglobalización” y sus particularidades en el caso español», *Revista de Estudios de Juventud*, 76: 39-52.
- Sassen, Saskia (2007): *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires: Katz.